

¿Qué podemos aprender de los árboles, para aplicarlo en la gestión de las personas y las organizaciones?

Estaban aquí mucho antes de que nosotros llegáramos y seguramente seguirán de una forma u otra cuando ya no estemos. Nos ayudan, nos cobijan, nos sanan, nos alimentan, siempre de una manera desinteresada y la mayor parte de las veces anónima. Tan acostumbrados estamos a su presencia, que muchas veces pasamos frente a ellos y no nos paramos a observar a estos seres vivos, que tanta sabiduría pueden aportarnos por su conocimiento de las leyes básicas de la naturaleza.

No olvidemos nunca que los árboles sienten. Con un sistema mucho más básico de sensaciones que el humano, pero los árboles durante millones de años han aprendido a percibir el pulso armonioso del tiempo, el equilibrio de los ciclos naturales y dónde se haya la verdadera esencia de la vida en la tierra.

Vamos a analizar en este artículo varios aspectos de los árboles, que son poco conocidos para los no expertos y la aplicación de ese conocimiento a la gestión de las personas y las organizaciones.

Establecimiento en el terreno. Primero prepararse, luego crecer

Empezaremos primero analizando su base. Aquello que les tiene apegados a la tierra: las raíces. Las raíces son la parte menos visible de los árboles pero tienen una gran importancia: fundamentalmente como fuente de agua y nutrientes y anclaje de la parte aérea del árbol. Desde un punto de vista fisiológico las raíces van siempre por delante de la parte aérea. En los estadios más tempranos de su juventud el árbol establece primero sus raíces en el terreno, asegura el aporte de agua y componentes inorgánicos (nitrógeno, fósforo, potasio, en mayor medida) y, una vez que las raíces han alcanzado la madurez suficiente, la parte aérea comienza a crecer con fuerza. De esta forma, el árbol incipiente invierte sus escasos recursos en prepararse para crecer, asegurarse la provisión de materiales y la continuidad de suministros. Comienza la casa por los cimientos, y hasta que éstos no ofrecen las suficientes garantías, la parte aérea no recibe las señales necesarias para comenzar a crecer con intensidad.

El aprendizaje que podemos trasladar a las personas y a las organizaciones, es que deberíamos de establecer primero y antes que nada, la solidez de nuestra base; dedicarle el tiempo suficiente a nuestras “raíces humanas”: nuestros valores (personales, profesionales, de la organización), antes de lanzarnos a intentar crecer a toda costa. Establecer unos valores sólidos, nos asegurará nuestro sistema de sostenibilidad personal para el futuro. Nuestros valores, serán la fuente de nutrientes de nuestro equilibrio emocional y anímico y harán que luego sea mucho más fácil el desarrollo y el crecimiento hacía arriba a nivel personal y profesional, ó si nos referimos a una organización, hacía una correcta evolución en los resultados económicos y sociales.

Cuántas veces nos damos cuenta de personas y organizaciones, que sin una base sustentada en valores y enriquecida en experiencias, han crecido muy rápido, pero muy desarraigadas y finalmente se han visto tumbadas, totalmente caídas por los vendavales surgidos en el devenir de acontecimientos financieros ó personales. El árbol es paciente y en su paciencia está su sabiduría. Sabe que para perdurar en el tiempo necesita precisamente tiempo. Nuestra sociedad está impaciente, llegando a la obsesión, por la consecución rápida y a toda costa del éxito. La prisa marca nuestros relojes vitales en casi todos los ámbitos, sin darnos cuenta de que los árboles se toman su tiempo para crecer y lo hacen, primero arraigando en el terreno, apuntalando muy bien su estructura y luego hacia arriba (desarrollándose); ahora bien, no dejando nunca de seguir creciendo hacia abajo, profundizando en las bases, en esos valores de los que se nutre permanentemente. Esta es una buena lección que todos deberíamos de aprender y practicar a diario en cualquiera de nuestras culturas organizativas.

Los tiempos del árbol. La escala de tiempo lo condiciona todo.

Los árboles son seres vivos que pueden vivir miles de años y que tienen su propia escala del tiempo. La cual es muy distinta de la que podemos tener los seres humanos. Observando cómo reaccionan los árboles ante las estaciones del año, podemos llegar a la conclusión de que ellos han logrado la clave de acompasar su ritmo de vida al de su entorno: la naturaleza. Si echásemos un vistazo a aquellos árboles de zonas alejadas de los trópicos, donde las estaciones son más patentes, comprobamos como la vida de los árboles está definitivamente relacionada con los cambios estacionales: en primavera crecen las ramas nuevas y en las especies caducas aparecen las hojas, es también la época típica de la reproducción; en verano aprovechan que los días son más largos y la luz más intensa, para producir energía; en otoño, una vez que los frutos están maduros los dejan caer o los sueltan al viento, mientras que reabsorben la energía que queda en las hojas y prescindan de ellas; en invierno el árbol toma una pausa y descansa, reduce su actividad y resiste las bajas temperaturas esperando a que llegue la primavera. La comunión del árbol con el clima y el paso de las estaciones es total.

Es muy clara la lección que nos dan los árboles en su devenir existencial y es que hay que saber amoldarse y acompasar la vida (el tiempo) a los diferentes acontecimientos del entorno. Cada fase de la vida tiene su por qué y su cómo, no siendo casual asemejar la niñez con la primavera, la juventud con el verano, la madurez con el otoño y la vejez con el invierno. Los árboles nos enseñan en nuestro mundo de prisas, de esclavitud por lo inmediato, por lo urgente, que hay que hacer pausas, descansos, para realmente centrarse en lo importante. Conseguir un equilibrio en nuestra relación con el medio, sea éste el resto de las personas con las que compartimos nuestro tiempo, ó sea el medio, nuestro entorno laboral ó familiar, es esencial para una existencia en armonía con lo que nos rodea. La infancia y juventud es toda energía, actividad intensa; la madurez sirve, de ahí su nombre, para la maduración y entrega de los frutos personales y profesionales y la vejez, el momento de reducir la actividad y repasar el proceso vital del que hemos formado parte. Todo lo que signifique tratar de ir en contra de la escala del tiempo, ó no saber ubicarse en cada etapa, supone oponerse a la naturaleza misma de las cosas, con las consecuencias que eso puede conllevar. Es tan importante el

cómo, como el por qué hacer las cosas de una determinada forma, en lo que respecta a las complicadas relaciones humanas en las organizaciones.

La vida en comunidad.

Algunos árboles viven en comunidad y otros en soledad, como otros seres vivos incluidos los humanos. Los árboles que viven “solitarios” suelen adoptar el porte característico de su especie y sus copas ocupan la máxima superficie disponible. Sin embargo, los árboles que viven en comunidad junto a otros ejemplares tienen que compartir el espacio disponible y renunciar a expresar toda su potencialidad formal. Si observamos dos árboles cuyos troncos están muy cercanos, sus ramas y hojas parecen mezclarse; comprobaremos como, vistos de lejos, parecen ser un solo árbol, pues su forma externa es la misma que tendría un solo árbol del mismo tamaño. Acercándonos, podremos apreciar que tanto sus ramas, como sus hojas, en ningún momento llegan a mezclarse unas con otras; simplemente han crecido y han ocupado el espacio aéreo respetando a su compañero, trabajando en equipo, optimizando sus estructuras desde la practicidad. Esta situación puede repetirse miles de veces en un bosque, lugar en que por definición los árboles viven en comunidad. Los ejemplares de las zonas interiores habrán crecido rápidamente en altura, buscando la luz que apenas dejan pasar los árboles de alrededor, por lo que serán espigados, con troncos rectilíneos y largos y copas pequeñas y apretadas. Mientras que los ejemplares del borde del bosque tendrán sus copas más desarrolladas, ya que la luz no sólo les llega de forma cenital, pudiendo desarrollar su forma característica al menos en su parte orientada al exterior. Su prioridad es captar la luz. Estos árboles del perímetro del bosque tendrán sus troncos más gruesos que los del interior, porque soportan el peso de más ramas y porque, dentro de la comunidad, una de sus tareas es frenar los embates del viento.

Los árboles tienen un concepto muy claro de lo importante que es vivir en comunidad formando equipo, así como del enorme esfuerzo que supone la vida en solitario. Los árboles que se organizan en comunidad, no tratan de arrebatar el puesto que ocupan unos u otros. Aceptan que cada función ó situación a desarrollar y ejecutar, es fundamental para conseguir el beneficio común, aceptando el papel que a cada uno le corresponda por su situación natural. Los árboles tratan de dar lo mejor de sí mismos, con el objetivo de que la comunidad, el equipo prospere, ya que del progreso y de la resistencia del equipo se benefician todos. Los árboles una vez más nos dan una lección de generosidad hacia el equipo al que pertenecen, acomodando sus competencias, sus intereses y su forma de ser a complementarse, tratando de conseguir una supervivencia más larga y mucho más segura para todos. Cómo los árboles, las personas que por alguna razón (voluntaria ó no) se quedan en soledad, deben de desarrollarse aún más, contrarrestar a nivel personal, aquello que no puede aportarles el equipo, ya que de lo contrario, la posibilidad de mantenerse y perdurar es más limitada. En las organizaciones tiene que haber todo tipo de funciones y cada miembro que desarrolla esa función debe de ser reconocido por los otros miembros, como un individuo fundamental para la consecución de los objetivos de desarrollo y supervivencia. Igual que los árboles adoptan su morfología a las circunstancias, las personas debemos de desarrollar esa capacidad de cambiar y ser flexibles cada vez que el equipo ó las circunstancias nos lo impongan. Igual que para los

árboles la prioridad es captar la energía solar, para las personas y las organizaciones la prioridad debería de ser poner todo el esfuerzo en captar la energía positiva del entorno, pudiéndose llamar esta energía talento. A través del conocimiento y la experiencia, la motivación y la creatividad, las organizaciones deben de desarrollarse para su principal objetivo, la creación de riqueza social.

La comunidad de árboles valora a todos sus miembros

Si pudiéramos sacar a un árbol espigado que se encuentra protegido por otros en el interior de un bosque y lo colocáramos en una zona expuesta al viento, comprobaríamos tristemente, cómo éste lo acabaría volcando con facilidad. El árbol del interior del bosque no está acostumbrado a los vientos fuertes porque, rodeado por sus compañeros apenas los nota y ni su forma ni su estructura son las adecuadas para resistirlos. Un árbol adulto no puede cambiar su forma de un día para otro. Una situación que se reproduce con cierta frecuencia en los parques y jardines de nuestras ciudades es que cuando se produce la pérdida de un árbol de un cierto tamaño que vive en comunidad y cercano a otros, se puede complicar gravemente la estabilidad de los otros ejemplares adultos, por la función que el ejemplar perdido desarrollaba para todo su entorno.

Cuando de repente alguien del equipo, alguien cercano y que desarrolla bien su función desaparece, deja un hueco que impacta en los demás. El impacto que supone la pérdida de un individuo excelente en una organización, desde el punto de vista de los sentimientos del equipo, es siempre muy importante y la función que deja de desarrollar puede a la larga ser vital para el desarrollo de la organización. Actualmente hay organizaciones que de repente cambian radicalmente su estructura sin cambiar su entorno de actuación, considerando que la pérdida de ciertos individuos, no se va a notar, ni va a causar efecto en el ecosistema organizativo. Esto es negarse a ver una verdad inmutable y es que un sistema en equilibrio si le quitamos una de sus piezas, deja de funcionar igual. Otra cosa es que el sistema no estuviera en equilibrio previamente y que por tanto, el eliminar piezas se realice para tratar de buscar el equilibrio perdido. Es en ese caso solamente y si no se han producido cambios en el entorno, cuando podría tener sentido eliminar una pieza del sistema. Hay que cuidar mucho a las organizaciones sobre todo, si de repente cambian a un entorno hostil, ó desconocido ó crítico. Situaciones y momentos difíciles en las que se pueden encontrar las personas y el equipo, pueden hacer que nos desequilibremos y que hasta lleguemos a “tumbarnos” con facilidad, que podamos perder nuestra base de valores y podamos acabar desarraigados, anulando nuestra capacidad de crecimiento futura y por ende acabar no sobreviviendo.

Premura y paciencia

Las distintas especies de árboles adoptan estrategias de vida muy diferentes entre sí. Algunas especies como los chopos, tienen prisa por establecerse en el terreno, por crecer rápidamente, incluso pasar por encima de las demás especies y reproducirse de forma masiva. Suelen ser árboles de ribera, ya que para soportar ese estilo de vida necesitan muchos nutrientes y

mucha agua, y qué mejor sitio que el borde de un río para encontrarlos. Lamentablemente, estos árboles de vida desenfundada y dados al exceso, pagan su peaje: al igual que crecen rápido, envejecen rápido y su esperanza de vida para ser un árbol es muy corta. Otras especies, como por ejemplo los robles, tienen una forma de ser más tranquila y pausada. Se establecen en el terreno pacientemente, destinando sus energías a preparar su madera para perdurar en el tiempo. Al contrario que la del chopo, la madera de roble es conocida por todos por su solidez, por su capacidad de frenar los ataques de los hongos xilófagos, complementándose con su envoltorio, la corteza, que funciona como una eficaz barrera ante el ataque de insectos. Los robles crecen, maduran y envejecen lentamente y logra vivir muchos años, muchos más que los chopos.

La naturaleza premia a aquellos que hacen de la paciencia su estilo de desarrollo y de una manera muy clara, castiga aquellos que viven en la prisa permanente y la premura constante. Vivir rápido y con intensidad te puede llevar en definitiva a vivir menos, pues eres más vulnerable y mucho más fácil de poder ser atacado por los peligros que acechan en el entorno. Cuando se crece muy deprisa, no se dedica el tiempo suficiente a analizar las consecuencias que nuestros actos puedan tener en los demás. El peaje de vivir deprisa, de tratar de quemar etapas rápidamente, con intensidad y exceso, suele llevar a un desequilibrio, que supone perderse el lento madurar de las ideas y de las obras, la contemplación del camino recorrido y del que aún queda por recorrer. En la prisa se pierde la capacidad de pararse a pensar y a planificar el resto del camino y se vive a impulsos y el ritmo dejamos de marcarlo nosotros, para que nos lo marquen las circunstancias. Cada uno decide cual quiere que sea su punto de vista (profesional ó personal), respecto a su forma de vida; si ésta debe de ser correr y correr hacia una meta, sin pararse en disfrutar de la carrera, ó disfrutar de la carrera confiando en que el tiempo y el trabajo bien hecho te llevarán a la meta. Una buena preparación para ese camino a recorrer asegurará el éxito, mientras que la falta de preparación te asegurará el más absoluto fracaso. Cuando te preparas concienzudamente, las oportunidades se incrementan de manera exponencial, aumentando lo que muchos llaman suerte, pero que en definitiva no es otra cosa que una buena preparación. Vivir tu vida profesional y por tanto personal a toda velocidad, buscando permanentemente la promoción constante, ha sido y está siendo la cultura de muchos de nuestros jóvenes. Esto les lleva muchas veces a la frustración y a veces hasta la depresión, pues ya triunfar no es llegar a la meta, sino que el triunfo es llegar antes y más deprisa que los demás. Hoy muchos jóvenes se vuelven viejos antes de tiempo, pierden la visión de que en la vida las cosas tardan en conseguirse, pues es ese tiempo de espera en conseguir los éxitos, donde se adquiere la verdadera sabiduría. Debemos de nuevo volver la cabeza hacia los árboles que nos enseñan las dos alternativas a una elección vital, para que seamos nosotros mismos los que decidamos.

Conclusión final

La conclusión es fácil de determinar. Tendríamos que reflexionar más sobre todo el conocimiento que la madre naturaleza de manera generosa y altruista nos muestra, con ejemplos muy cercanos y palpables. El caso de los árboles es quizás el más significativo. Nos han acompañado a lo largo de nuestra existencia ofreciéndonos cobijo y resguardo, madera

para fabricar utensilios, leña_con la que hacer fuego, o frutos y semillas como alimento. Su fisonomía, las arrugas de su corteza, la delicadeza de sus hojas, al atractivo de sus flores, su flexibilidad ante los embates del viento...todo en ellos refleja su armoniosa historia: millones de años de comunión con la naturaleza. Observar a estos compañeros vitales en su devenir existencial, pararse a aprender de su sabiduría y comunicarse con ellos a través de nuestro tacto y de nuestro cuidado y respeto, es una obligación moral hacia ellos y hacia las generaciones venideras. Si algún día desaparecieran los árboles de nuestro planeta, ese día, no nos cabe duda que desapareceríamos nosotros.

Este artículo ha sido escrito por:

Enrique Salas profesor del área de Dirección de Personas y Equipos de EOI Escuela de Negocios y Socio Consejero Delegado de Otto Walter Consulting

Enrique Ariza Director Técnico de Tecnigral, Executive MBA de EOI Escuela de Negocios y un gran experto español en arboricultura.